

en la bordada escarcela de plata y oro que pendía á su lado y sacando un puñado de monedas que alargó al muchacho, —ahí tienes con que por el pronto socorrer á tu pobre madre; vé, corre á darle este dinero que puede serle útil en su enfermedad y vuelve pronto, porque de hoy en adelante eres mi paje.

—Tu paje? —esclamó sorprendido el anciano ante el caballeresco arranque de la tierna niña.

—Sí, mi paje, padre mio, si tú me lo permites, —se apresuró á decir Leonor con bondad y con firmeza al mismo tiempo. —La generosidad ha sido siempre el distintivo de los de Pimentel, tú me lo has dicho.

El anciano adoraba á su nieta. Su contestacion fué abrazarla é imprimir un beso en su frente.

—Mi madre os deberá la vida! —esclamó el nuevo paje cayendo de rodillas y besando la orla del vestido de Leonor.

En seguida, radiante de gozo, Sancho Sanchez tomó el dinero que le alargaba la jóven y se precipitó fuera de la estancia. Á poco, todos los sirvientes del castillo pudieron verle atravesar el puente levadizo y tomar corriendo la direccion de la aldea donde vivia su anciana madre.

Cuando Sancho hubo abandonado la estancia, Leonor, con uno de aquellos mimos tan familiares á las niñas, se acercó al conde y le dijo, sentándose en sus rodillas:

—Ahora, me vas á hacer otro favor, buen padre mio!

—Un nuevo capricho? —dijo el conde.

—No, un acto de justicia! Martin es muy malo, tiene los ojos atravesados, ya te lo he dicho. La inhumanidad que ha cometido con ese muchacho, me le hace odioso para siempre, y jamás le podria volver á ver sin temblar y sin estremecerme. Despídele!

—Estás en tu juicio, niña?... Despedir á Martin, un servidor que hace una infinidad de años que está conmigo?

—Bueno, no le despidas, pero yo te digo que no será él quien cuide de mi palafren, ni quien me ayude á montar, ni quien me acompañe en mis paseos. Nó, nó! y lloraré cada vez que le vea porque me dará miedo, y si un dia se me acerca, me pondré á dar gritos como una loca.

—Pero, Leonor.....

—Nada, nada. Haz lo que quieras; lo que es yo te he dicho ya mi resolucion.

Y abandonando la niña el familiar asiento que habia buscado en las rodillas

del anciano, fuése al otro extremo de la estancia y se sentó en un taburete dando la espalda á su abuelo y golpeando impaciente y coléricamente el suelo con su lindo piececito.

—Vamos, no te enfades por tan poca cosa, —esclamó entónces el anciano caballero sonriendo ante la cólera infantil de Leonor; —se hará como tú quieres, se despedirá á Martin.

La niña se echó en sus brazos é inundó el rostro del conde de besos y de lágrimas de agradecimiento.

Al siguiente dia Martin recibia la órden de salir del palacio feudal, y Sancho Sanchez quedaba convertido el paje mas gallardo de toda Castilla. No se hablaba de otra cosa en la mansion del conde de Benavente que de la repentina elevacion del mozo de cuadra á paje de la condesita. Envidiosos de tan súbita transformacion, los demás pajes dieron en insultar á Sancho y en despreciarle, pero todos fueron uno tras otro despedidos en castigo de sus demasías.

La condesita le habia tomado bajo su proteccion, y llegó bien pronto á ser tan respetado como si perteneciera á la ilustre casa de Pimentel.

Por lo que toca á Martin no se volvió á oír hablar de él. Habia desaparecido. No obstante, los que se preciaban de conocerle un poco á fondo, decian que al partir del castillo habia hecho un juramento de venganza, y que Martin era muy hombre para llevar á cabo un juramento de esta clase.

III.

COMO DE DONDE MENOS SE PIENSA SALTA LA LIEBRE.

EMPEZÓ Leonor á tomarle tanto cariño al nuevo paje que no podia estar sin él. Haciale tañer á cada momento el laud y cantar trovas caballerescas, juga-

ba con él en el jardín, y le elegía para compañero en sus paseos, correrías y partidas de caza, sucediendo que mientras los escuderos y demás comitiva seguían á respetuosa distancia el caballo de Leonor, el paje Sancho tenía siempre el privilegio de cabalgar al lado de su señora y dirigirla á todas horas y á cada momento la palabra.

Esta intimidad, por estrecha que fuese, no podía inspirarle á nadie desconfianza ni recelos, y menos al conde de Benavente que gozaba al ver á su nieta siempre contenta y feliz, cuando antes estaba siempre triste y taciturna.

La condesita se había acostumbrado á mirar á Sancho como á un hermano y le trataba con una ternura y afecto verdaderamente fraternales. Sobre todo le pedía parecer, todo se lo consultaba, nada resolvía que no fuera sin el consentimiento de su paje; así es que este, de poco en poco, grado á grado fué subiendo por esa escalera invisible de la simpatía, fué ganando terreno en el corazón de Leonor, y un día se encontró con tener sobre ella un ascendiente que ningún otro mortal poseía, ni aun su abuelo.

Así fueron transcurriendo días, así fueron pasando meses, así pasaron por fin dos años; las ilusiones infantiles desaparecieron gradualmente para hacer lugar á otras impresiones y á otras emociones más graves, y el mejor día Sancho se encontró con que amaba á Leonor, Leonor con que amaba á Sancho.

Era natural, bien mirado, que así sucediese. El paje no tenía un alma de hielo ni la condesita un corazón de mármol. Los dos eran niños, los dos inespertos, los dos inocentes, y la inesperienza, la niñez y la inocencia son tres puentes de que se vale el amor para atravesar los abismos.

La condesita había cumplido los quince años y era hermosa como un rayo de sol. Con sus blondos cabellos que bajaban á jugar con su seno de nieve, con sus ojos azules en cuyas límpidas córneas se reflejaba el azul de los cielos, con su talle esbelto cual la palma que se balancea en el desierto, era una de esas poéticas visiones como más tarde las debían encontrar en sus calenturientos sueños de artista, esos dos grandes monarcas de la pintura á quien la historia conoce con los nombres de Rafael y de Murillo.

Sancho, que había empezado por admirarla como se admira á un ángel, acabó por adorarla como se adora á una muger.

Ambos jóvenes se amaban, pues, mutuamente, pero sin haberse dicho una palabra sola de amor; se amaban con ese afecto que tiene algo de ternura, con esa ternura que tiene algo de delirio, con ese delirio que participa del éxtasis. Qué importaba que sus bocas no se hubiesen abierto para de-

círselo, si demasiado se lo habían dicho sus corazones y sus ojos, si demasiado se lo había dicho á la una el rubor de su frente cada vez que veía á Sancho, si demasiado se lo había dicho al otro la palpación de su pecho cada vez que veía á Leonor?....

En tal estado se hallaban las cosas, cuando á la caída de una tarde de verano, marciales sonidos resonaron de pronto en los alrededores por lo común tan solitarios del castillo, y vieron los centinelas que velaban en el muro aproximarse una numerosa tropa de caballeros montados en soberbios corceles, cuyas gualdrapas y lujosos paramentos daban bien cumplida muestra de la hidalguía y nobleza de sus ginetes.

Al llegar esta comitiva al puente levadizo, los dos hombres de armas que le guardaban cruzaron sus picas ante la puerta, pero entonces, alzando la celada de su casco el que parecía mandar la tropa, dijo con voz clara y distinta:

—Paso al duque de Arévalo!

Y las dos picas se retiraron, precipitándose la lujosa cabalgata en el patio mayor del castillo de Benavente.

Por largo rato entonces, la soledad y el silencio que acostumbraban á reinar en el palacio de los Pimentel, se vieron bruscamente turbados; todo fué confusión y barullo. Los criados y escuderos acudieron á toda prisa, y mientras unos tenían los caballos por la brida, los otros ayudaban á descabalgar á aquellos hombres vestidos de hierro que empuñaban en su mano la pesada lanza y el bruñido escudo, que colgada de su arzon llevaban la terrible masa de armas, y sobre cuyo casco flotaban ufanas las plumas de colores.

Avisado de la llegada de esta comitiva, Don Rodrigo abandonó su sillón y, bajando al patio, fué para el duque de Arévalo con los brazos abiertos y con palabras corteses y grandes exclamaciones de gozo le estrechó contra su corazón.

Era el duque de Arévalo un pariente de la madre de Leonor, que venía de guerrear de lejanas tierras y que, faltando muchos años hacia de Castilla, se encontraba á su regreso con la nueva de haber muerto su parienta y también su marido el hijo segundo del conde, sin que hubiese quedado de este matrimonio más hijo que la niña confiada á la tutela de su abuelo paterno el conde de Benavente.

El de Arévalo fué recibido en el castillo con toda la honra que merecían su dignidad y clase y también las relaciones amistosas que en otro tiempo le habían unido con Don Rodrigo Alonso de Pimentel.

Cuando hubo el conde dado disposiciones para alojar cumplidamente á los caballeros que con el de Arévalo habian llegado, tomó familiarmente el brazo de este, y subieron juntos al salon del castillo donde estaba Leonor ocupada en bordar una banda verde. Don Rodrigo presentó el duque á la jóven como un deudo de su madre á quien esta profesara particular estimacion. Leonor le recibió con toda cortesía y agrado, y le hizo familiares preguntas sobre sus campañas á que contestó el duque contando sin fatuidad la historia de algunos bizarros hechos de armas llevados á cabo con la intrepidez y cooperacion de sus camaradas.

En esas entretenidas pláticas se pasaron hasta la hora en que tenia lugar en el castillo la última comida del dia. Desembarazados ya los miembros de la pesada armadura, el duque dió el brazo á la jóven para pasar al vasto comedor cuyas paredes adornaban cabezas de javalí é innumerables arreos de caza, y allí, despues de bendecida la mesa por el capellan de Benavente, el de Arévalo se sentó al lado de Leonor á la que sirvió con toda atencion, muy cortés y muy galante, mientras duró la cena.

Obsequioso anduvo el buen duque con su noble parienta á la que, aprovechando la menor ocasion, dirigia galanteadoras palabras y corteses lisonjas sobre su hermosura, que hacian asomar los colores al rostro de la nieta de Don Rodrigo. Terminada la cena, sirviéronse los vinos en las copas de plata con las armas de los Pimentel, y entonces abandonaron la mesa el capellan y la doncella junto con las demás personas del castillo á quienes su rango daba derecho á sentarse en la mesa del conde.

Quedaron pues solos y mano á mano este y el de Arévalo.

—Por lo visto, duque, — dijo entonces con una sonrisa Don Rodrigo siendo el primero en romper la conversacion, — los años que llevais de guerra lejos de vuestro país no han menguado ciertamente vuestra natural propension á los galanteos.

El de Arévalo se contentó en sonreír y no respondió.

—Dígolo, — prosiguió el conde, — por las lisonjas que no habeis cesado de dirigir á mi nieta y vuestra parienta. Verdad que no esperabais vos hallaros en el fondo de un arrinconado castillo, una tan peregrina hermosura?

—No en mis dias, noble Don Rodrigo, y os aseguro tambien que nunca ví mas completa belleza unida á mas gracia y compostura.

—Luego os ha prendado vuestra parienta?

—No sé si me habrá prendado, pero lo que sé es que no me pesaria hacerla mi esposa.

—Proyecto seria! — exclamó el conde riendo á carcajadas.

—No lo tomeis á broma, si os place.

—Quisierais casaros con vuestra parienta, el de Arévalo?

—Porque nó? Estoy fatigado ya de guerra y de vida aventurera, y solo deseo retirarme al fondo de uno de mis castillos que pueda poblar como un mundo el amor de una esposa.

—Pero, noble duque, — prosiguió amistosamente el anciano, — si mal no me engaño vuestro cabello no tardará en blanquear y vuestra barba deja ya entrever algunos hilos de plata.

—Mi cabello podrá comenzar á emblanquecer, — dijo con ímpetu el de Arévalo, — pero mi corazon es jóven.

—Oh! no os enojeis, que no ha sido mi intencion ofenderos, — exclamó Don Rodrigo tomando un grave aspecto, — y en prueba de ello, mirad, pensándolo bien, no me parece idea tan descabellada. Vos sois despues de mi muerte, el tutor de la condesita, segun lo dispuso su madre en su postrer voluntad. Quién mejor puede ampararla y protegerla como esposo, que aquel que es ya su deudo y su tutor?

—Lo propio pensaba yo.

—Pues entonces, ni una palabra mas. Leonor será duquesa de Arévalo y celebraremos los desposorios en mi capilla. Así, antes de cerrar los ojos, cosa que no puede ya retardarse mucho segun mi edad avanzada, tendré el gusto de dejar asegurada la felicidad de mi querida nieta.

Y los dos nobles se estrecharon cordialmente la mano retirándose cada uno á su habitacion.

Al siguiente dia por la mañana, á la hora en que Leonor entraba en el dormitorio de su abuelo con un ramo de frescas flores que cojia ella misma en el jardin del castillo y de que hacia cada mañana plácido presente á Don Rodrigo, el anciano sentándose como de costumbre en su lecho, admitió el ramo, y atrayendo hácia sí á la nieta, la besó en la frente y la estrechó contra su corazon con mas ternura de la que solia.

La condesita levantó sus ojos hácia el noble viejo como pidiéndole en su mudo lenguaje cuenta de aquel exceso de cariño.

—Tengo que darte una buena nueva, hija mia, — dijo Don Rodrigo. — Prepárate á oirla.

—Una buena nueva! — repitió Leonor que sin saber porqué sintió sobrecojerse su corazon.

—Sí, querida mia, el duque de Arévalo me ha pedido tu mano, y yo que

apruebo completamente un enlace que puede hacer tu felicidad, se la he concedido.

Leonor se quedó de hielo, muda y pálida como una estatua de mármol.

—Tu pariente,—prosiguió el anciano,—es todavía bastante jóven y ocupa una posicion brillante que se la han adquirido su título, sus bienes y sus bizarros hechos de armas. Es un buen hidalgo y una buena lanza. Te llevará consigo á la corte, y allí tu belleza te conquistará el primer lugar entre las damas como él lo ocupa por su valor y fama entre los caballeros. Qué te parece mi proyecto?

—Me parece, padre mio,—contestó Leonor con la firmeza de que ya varias veces había dado señaladas pruebas al anciano,—me parece que no puede realizarse.

—Que nõ puede realizarse!—esclamó sorprendido Don Rodrigo.—Y por qué causa?

—Porque para el enlace que me proponéis son necesarios dos consentimientos, el vuestro y el mio. Vos habreis podido dar el vuestro, pero yo no daré nunca el mio.

—Nunca!—dijo el conde que no acertaba á volver en sí.

—Nunca! No es el duque á quien amo.

—Luego amas á otro?

—Sí—contestó la jóven sin vacilar y con resolucion,—amo á mi paje Sancho Sanchez, y no quiero separarme de él.

El conde al oír esto, soltó la mas franca y mas ruidosa carcajada que darse pueda.

—Es una donosa ocurrencia, por vida mia!—esclamó en un momento de tregua.

Y tornó á entregarse con nueva fuerza á su hilaridad. Leonor sintiéndose humillada y herida en lo mas vivo de su corazon, no contestó una palabra y se retiró á su aposento donde pasó encerrada todo el resto del día.

Aquella misma tarde el paje Sancho Sanchez fué despedido del castillo por Don Rodrigo en persona que le dijo:

—Has abusado infamemente de la gratitud con que se te acogiera en esta mansion, de la confianza que en tí se habia puesto. En premio de lo que debias y á lo que estabas obligado, has osado alzar los ojos hasta la heredera de los Pimentel. Pudiera castigar tu audacia mandándote colgar de una de mis almenas; me contento con desterrarte para siempre del castillo.

—Señor,—se atrevió á decir el paje,—ignoro de lo que me hablais. So-

lo puedo deciros que si efectivamente un sentimiento tal como el que decís ha brotado en mi corazon, este sentimiento no ha subido jamás hasta mi boca.

—Basta ya. Despejad!—dijo el conde.

Y le señaló la puerta de la estancia por la que se retiró el pobre paje triste y meditabundo.

La tarde empezaba á bajar cuando el paje salió de la habitacion del conde, y las sombras comenzaban á agruparse en los corredores del castillo. Atravesaba Sancho con paso lento la galería oriental, cuando sintió que le introducian un objeto en su mano y vió pasar una muger por su lado, pero con tanta rapidez que apenas pudo distinguirla. Sin embargo, había creído reconocer en ella á la dueña de Leonor.

Su corazon palpitó con violencia, apresuróse á llegar á la modesta habitacion que ocupaba en el piso segundo del castillo, y allí, despues de haber encendido una luz, clavó ávidamente la vista en el objeto que en su mano habían deslizado.

Eran unas tablillas como las que en aquel tiempo usaban las grandes señoras; abriólas impaciente el paje y en una de ellas halló escritas estas palabras:

«No salgais del castillo aunque os destierren de él, y esta noche á las once, cuando no brille ni una sola luz en el edificio, introduciós en el jardin y acercaos á la reja verde. Confianza!»

No decian mas las tablillas, pero era lo bastante para llenar de júbilo al paje y para hacerle enloquecer de gozo. La letra de las tablillas era de Leonor y se le daba una cita en el jardin junto á la reja verde que pertenecía á la habitacion de la dueña. Sancho respiró con toda la libertad de un corazon oprimido por largo tiempo. Aquellas palabras eran la primera declaracion de amor.

Al dia siguiente, el paje habia desaparecido de Benavente sin que nadie supiera á donde se habia dirigido, y la condesita, sin manifestar ningun sentimiento de pena ó de estrañeza por esta repentina desaparicion, siguió entregándose tranquilamente á sus tareas y diversiones acostumbradas. Una semana despues, nadie se acordaba ya del pobre Sancho Sanchez, incluso el conde de Benavente que, atendido los cortos años de Leonor, juzgó que lo del paje habia sido un capricho juvenil tan facilmente olvidado como facilmente sentido. Ni le dió la importancia siquiera de participárselo al de Arévalo, que, ignorante de todo lo pasado, siguió galanteando á la condesita en la cual, aun cuando notaba cierta frialdad, la creía hija de su timidez y candor.